COMEDIA NUEVA.

LOS AMANTES DE SALERNO.

COMPUESTA POR D. THOMAS DE AÑORBE, Y CORREGEL,
Capellan del Real Monasterio de la Encarnacion de esta Corte.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Lisandro, Galán.
Tancredo, Príncipe.
Ludovico, Capitán.
Ricardo, Barba.
Roberto.
Naranjo, Gracioso.
Segismunda, Dama.
Clarinda, segunda.
Irene, Graciosa.
Soldados, y acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen de camino con Botas, y Espuelas Lisandro, y Naranjo.

Lisan. A esos Arboles copados
puedes dexar arredrados
los Caballos, mientras pasa
el calor, que nos abrasa
del Sol, y ácia aqueste lado,
que nos combida entoldado
un Pabellón de esmeralda,
que sirve al Monte de falda,
será bien, que lo que resta
á la calurosa siesta
pasemos mas defendidos.
Nar. Asi hubiera prevenidos
un par de lomos asados.
Lis. Que ordinarios tus cuidados
dán á entender tu baxeza.
Nar. Segun eso, la Nobleza,
tanto, qual yo, es ordinaria,
pues se sujeta diaria
á comer. *Lis.* Es ley precisa,
que al Noble, y Plebeyo avisa,
para mantener la vida,
el usar de la comida;
mas con una diferencia,
que en el Noble es indecencia
el hablar de esta materia,
por no ser del todo séria,
y por llegar á advertir,
que el comer, para vivir,
no es vivir, para comer.
Nar. Eso es quererlos hacer
sobre Nobles entendidos,
quando los mas poseídos
son de la misma ignorancia.
Lis. Aunque rudos, la enseñanza
de los Ayos advertidos,
los hacen ser comedidos.
Nar. Y tambien comilitones.
Del Mundo las sinrazones,
siempre, al que tiene el dinero,
aunque sea un majadero
le aplaude por entendido;
y el Pobre, por desvalído,
aunque sea un Salomón,
lo tiene por un simplón:
no es verdad? *Lis.* Ya estás pesado.
Nar. Siempre lo fue un desdichado.
Mas qué miro!
Lis. Qué te altera?
En agitada carrera, *miran al Best.*
sobre un Alazán brioso,

dando al viento generoso
envidia por tanta pluma,
como en su penacho suma;
aqui un Caballero viene.
Nar. Qual corre! *Lis.* Ya se detiene,
y del Caballo se apea.
Nar. Ya se acerca. *Lis.* Porque sea
testigo de sus cuidados
nuestra vista, retirados
de estas ramas defendidos,
estaremos advertidos
para saber su destino.
Nar. Dices bien, yo estoy sin tino,
que llega. *Lis.* Su gentileza
declara bien su Nobleza.

Se ocultan, y sale Ludovico mirando á todas partes.

Lud. Si habrá Ricardo venido,
nadie por aqui parece.
Nar. Que nos mira.
Lis. Y qué te altera,
que mire lo que quisiere?
Lud. No me pesa haber llegado
el primero, porque siempre,
en qualquiera desafio.
el que primero se advierte
en la campaña brioso
al parecer ya le excede
à su contrario en valor,
pues muestra que no le teme.
Nar. Despacio está.
Lis. No te muevas
hasta ver lo que pretende.
Lud. Mucho tarda mi enemigo,
mi valor está impaciente.
Valgame el Cielo! qué causa
pudo à Ricardo moverle
para este duelo? El discurso,
esta causa no comprende.
Nar. Ya vienen otros dos hombres;
perdidos somos. *Lis.* Qué temes,
quando estás conmigo? *Nar.* Temo,
que me machuquen las liendres.
Lud. Allí dos hombres diviso,
y el uno de ellos parece,
que es Ricardo; que tal fuera,
que alguna traicion aleve,
con ventaja conocida
forjase para mi muerte:
mas no, que Ricardo es Noble
y hacer baxeza no puede.

Salen Ricardo de Gala, y Roberto con Escopeta, y Charpa.

Ric. Ludovico está esperando. *ap. los 2*
llega, Roberto, y no muestres
de enojo airado el semblante,
porque vengo á ver si puede,
sin desazon mi prudencia,
que nuestro honor se remedie.
Rob. Asi lo haré; mas si acaso
en dár la mano no viene
á Clarinda? *Ric.* Será fuerza
el darle sangrienta muerte.
Ludovico, Dios os guarde.
Lud. Con bien vengais.
Nar. Me parece
que aqui ha de haber trapisonda
Lis. A lo que dicen atiende.
Lud. De vuestro valor estraño,
que quando el mio impaciente
os espera en la campaña,
llamado por un Villete,
que me dió vuestro Escudero
para este sitio, pudiese
vuestra mucha bizarria
tanto tiempo detenerse,
y venir acompañado,
quando en el papel me advierte
que nuestro duelo ha de ser
cuerpo á cuerpo.
Ric. Porque queden
satisfechas nuestras dudas,
escuchad, que seré breve.
Lud. Decid, pues.
Nar. Esto vá malo.
Lis. De su voz estoy pendiente.
Ric. Deciros, que mi Nobleza
es de lo mejor que tiene
de Salerno el Principado;
no necesito, pues, este
es tymbre, que sin disputa
logra mi Casa; y patente

es á todos de tal forma,
que á vos no puede esconderse.
Que mi valor corresponde
á todo aquello que debe
por razon de su Nobleza,
con gloriosos procederes
es la fama fiel testigo,
y de Salerno, el presente
Principe heroyco, á quien dieron
mis hazañas los laureles,
que á pesar de toda Italia
son Corona de sus sienes.
Supuesto que esto es verdad,
y que ignorar no lo puede
vuestra atencion, por qué causa
os atreveis (dolor fuerte!)
(quando mi Casa, y la vuestra
tan opuestas fueron siempre)
á dár motivo á aquel fuego,
con nueva materia llegue
á ser bolcán irritado,
que el Mundo de horrores pueble?
Presumís, que porque peyno
de aquestas canas la nieve,
faltará en ellas el fuego, *Se irrita.*
que aniquile, abrase, y queme,
quantos al honor antiguo
de mi Casa se atrevieren?
Vive Dios. *Lud.* Señor Ricardo,
de todo quanto me advierte
vuestro enojo, solo infiero,
que sois Noble, sois valiente,
y que contra mi irritado
estais; pero no comprende
mi discurso, por qué causa,
si no hablais mas claramente.
Ric. Há traydor, decid, (qué pena!)
conoceis este villete?
Le enseña un papel.
Lud. Este es un papel (qué ansia!) *ap.*
que me mandó que escribiese
de mi letra, y en mi nombre,
para la hija (dolor fuerte!)
de Ricardo, que es Clarinda,
el poderoso, y valiente,
Gran Principe de Salerno,
porque asi su amor pretende
entablar con disimulo,
hasta que la ocasion llegue,
de declararse, y en tanto
á mi me hace la festeje
cauteloso, y ella (ó Cielos!)
que yo soy su amante entiende.
Que decir no sé. *Ric.* No es mucho,
que enmudezcais; mas no es ese
el remedio que yo aguardo
poner en caso como este.
Señor Ludovico, el Cielo
es testigo, que prudente,
os he llamado á este sitio,
no para daros la muerte,
como juzgais, sino atento,
segun á lo que merece
vuestra Nobleza á buscar
remedio á mal, que es tan fuerte.
Mi hija está en Villa-Flor,
Aldéa, que en sí contiene,
por ser de mi Señorío
un Palacio muy decente,
distante un quarto de legua
de este Monte, en él pretende
mi honor, que le deis la mano;
pues que confesais por este
Papel, que á tan alto empeño
anhelais; y en quanto á verme
de Roberto acompañado,
mi Sobrino, no os altere,
que como á reñir no vengo,
no importa que esté presente.
Rob. Lo que á mí me importa mas *ap.*
de Ludovico es la muerte,
pues á mi Prima idolatro,
por mas que ella me desprecie.
Ric. No respondeis? *Rob.* Ya es desaire
la duda. *Lud.* El que no acierte
á responderos, no es mucho,
pues miro en ese Villete,
que siendo la firma mia,
es su dueño diferente.
Ric. Qué escucho, penas, pues cómo
ese caso dár se puede,
de ser letra, y firma vuestra,
y ser ageno el Villete?
Lud. Qué le diré, Cielos Santos,

descubrir la pasion fuerte
del Príncipe, siendo yo
su Vasallo, es indecente
traicion, digna de un cobarde.
Callar, es buscar mi muerte;
qué haré? Pero porque duda
mi noble pecho valiente,
el Príncipe me ha fiado
este secreto, y no puede
mi voz revelarlo á nadie,
aunque la vida me cueste.

Ric. Qué respondeis?

Lud. Ya os he dicho,
que ese Papel, aunque tiene
mi letra, y firma, no es mio.

Ric. Pues de quien es?

Lud. No lo puede decir mi voz-

Ric. Pues supuesto,
que traidoramente aleve
negais ser ser vuestro el Papel,
sacad la Espada, y valiente
vereis como cuerpo á cuerpo,
sin ventaja os doy la muerte. *desenv.*

Rob. Eso fuera bueno, quando
aquese honor mereciese;
mas pues el su firma niega,
solo el castigo merece.

Lud. Mi firma, yo no la niego.

Rob. Quien niega lo que contiene,
todo lo niega; y asi
muera, Señor, este aleve.

Amartilla un Pistola, y le apunta.

Ric. Detente Roberto, aguarda.

Lud. Mi valor de nada teme.

Rob. Muera.

Salen Nar. y Lis. Esperad.

Rob. Quien sois vos,
para pedir, que se espere
mi osadia?

Lis. Un Caballero
Español, que si no excede
á vuestro lustre, á lo menos
os iguala, y casualmente
encubierto de esas ramas,
puede oír lo que pretende
vuestro rencor, y aunque alcanzo
ser la causa suficiente,
no puedo, no, permitir;
(ni á mi valor le conviene)
que se execute á mi vista
una accion, que si se advierte
en el modo al honor vuestro,
(y aun al mio) es indecente;
y asi, pues que dos á dos
estamos. *Nar.* Fuera los nueves.

Lis. Las Armas de fuego á un lado
y hablen los aceros fuertes. *desenv.*

Ric. Dice bien.

Rob. No dice tal,
pues si esta ocasion se pierde,
de nuestra venganza, tarde
el remedio se previene
al honor de nuestra fama,
qué solo dará su muerte,
mayormente, quando niega
evidencia tan patente,
como declara el Papel,
de donde claro se infiere,
que por rencor heredado
nuestro honor deslucir quiere,
y asi, á pesar de su astucia,
y el Español imprudente
al silvo de aquesta vala
de plomo, sañuda sierpe,
muera el que traydor injusto,
á honor tan claro se atreve.

Dispara, y cae Ludovico.

Lud. Muerto soy, valedme Cielos.

Lis. Qué has hecho?

Rob. Si tu no quieres,
que haga contigo otro tanto;
apartate, no te acerques.

Lis. Vive Dios!

Ric. Vamos, Roberto;
y pues que todo se pierde,
demos la muerte á mi hija,
primitiva causa aleve!

Rob. Decis bien, muera; y despues,
que venga lo que viniere;
Morir, Clarinda, eso no, *ap.*
antes muera yo mil veces. *vanse.*

Nar. Ay desgracia mas notable!
el pecho pasado tiene.

Lis. No tiene tal, pues la vala

al soslayo, me parece,
que le dexa el pecho libre;
y aunque alguna sangre vierte,
no es mucha; y asi, Naranjo
compadecido previene
mi pecho, que entre los dos
lo llevémos, donde quede
este infelíz Caballero
curado, como conviene
de su herida.

Nar. Lleve el diablo
quien en eso se metiere.

Lis. Si no intentas que me enoje,
llega presto.

Nar. Adonde quieres llevarlo?

Lis. A ese Village,
que Ricardo dixo tiene
cerca de este Monte: llega.

Nar. Buen sagrado le previenes.

Lis. No faltará alguna casa,
donde poder esconderle,
mientras le toman la sangre.

Nar. Ya llego, y al Cielo plegue,
que antes que al lugar lleguemos,
dos mil diablos se lo lleven.

Vanse, llevando entre los dos á Ludovico, y salen por una parte del Teatro Clarinda de gala; y por el otro Tancredo, Príncipe, de gala; Segismunda de Negro con Venablos en las manos, y Acompañamiento de Criados, Soldados, y Damas, todas de negro.

Clarin. Aunque con dichas tan altas,
mucho mi honor se acrecienta:
siento el ver en ruda concha
las dos mas preciosas perlas.

Tan. En sus dos ojos me abraso. *ap.*

Clar. Permitan vuestras Altezas,
que humilde à sus pies rendida,
Se arrodilla.
por tan estrañas finezas,
merezca besar sus manos.

Tan. Es sobre hermosa discreta. *ap.*
Alza, Clarinda, del suelo;
y advierte, que mi grandeza
se ceñirá muy gustosa,
bien, como suele la Perla
á su Concha; yo á este sitio,
que es colmo de mis finezas,
No se si me habrá entendido. *ap.*

Clar. Ya penetro sus ideas. *ap.*

Segis. Yo, Clarinda, nada ofrezco
á tu amor por recompensa;
porque creo, que mi hermano
lo ha tomado por su cuenta.

Clar. En este caso, señora,
la deudora soy, y fuera
necedad esperar premio
de lo que pagar debiera.

Tan. Segun eso, ya deudara
os confesais?

Clar. No hay quien pueda negarlo.

Tan. Pues de hay se sigue,
que el acrehedor cobrar quiera,
y entonces será preciso
pagar en buena moneda.

Clar. Si señor, en la que labra
el honor de mi Nobleza.

Tan. Ha tyrana.

Segis. Mal mi hermano, *ap.*
la pasion, que le atropella
disimula.

Tan. Y vuestro Padre,
Ricardo?

Clar. Señor, recela
mi discurso, que en el Monte
fatigando está las Fieras.

Tan. Mi hermana, y yo de Palacio,
con aquesa causa mesma,
hemos salido esta tarde,
y despues, que Monte, y Selva
cruzaron nuestros alientos,
fatigada de la fuerza
de el Sol, Segismunda quiso
llegar à la Quinta vuestra.

Clar. Como absoluta, Señora,
de quanto en ella se abrevia,
puede su Alteza servirse,
conforme á su gusto sea.

Segis. De tu amor, Clarinda hermosa,
vive el alma satisfecha.

Sale Ric. Qué es esto, Cielos, que miro?
Se suspende.
el Príncipe aquí? Qué pena!
Tan. Ricardo, qué te suspende?
Ric. La dicha, que no se espera,
quando es como esta excesiva,
como la mas dura pena
suele causar de improviso
turbacion, y asi tu Alteza
no estrañe, que el mucho gusto,
á mi tambien me suspenda,
y que antes no haya llegado
á besar las plantas vuestras.
Tan. Alza, Ricardo, del suelo,
y de mi amor considera,
que aún mas que acaso parece
el hallarme en esta esfera,
descuido de mi cuidado,
que nace de mi fineza;
y porque asi lo conozcas,
quiero darte algunas señas.
Mi hermana, que está delante,
Segismunda, á quien la estrella
injustamente persigue,
con una, y otra influencia.
Ya sabes que su Himenéo
en coyunda afable, y tierna
con el hijo del gran Duque
de Campania su belleza
se enlazó, y que ayrada parca,
en la mejor Primavera,
á su esposo cortó el hilo
vital; por lo que su Alteza
quiso volverse á Salerno,
dominio de mi grandeza,
á tener en mi cariño
consuelo en su amarga pena.
Pues como triste la noto,
y que nada la consuela,
siendo mi mayor tormento
de su dolor la existencia,
cuidadoso he procurado
saber, si hay en quanto encierra
todo el Universo, cosa,
que de su gusto ser pueda;
y al fin (gracias á mi industria)
he sabido quanto aprecia
á Clarinda, vuestra hija,
por ser hermosa, y discreta;
y yo, atendiendo á su gusto,
y á los méritos, que encuentra
mi dignacion en Clarinda
de su Casa, y su Nobleza,
como tambien á servicios
de tu generosa diestra,
gustoso mi amor dispone,
por tí, por mi hermana, y ella,
sea desde hoy en Palacio
su primera Camarera,
asi tendré la ocasion *ap.*
de poder hablarla, y verla,
sin que pueda la malicia
apadrinar la sospecha.
Segis. Maravillada me tiene *ap.*
de mi hermano la cautela.
Ric. Por la merced, vuestra mano
besa mi humildad (que pena!)
llega, Clarinda, qual debes
á agradecer tanta deuda.
Una inmensidad de dudas, *ap.*
hoy en mi pecho se abrevian.
Clar. A mi pesar obedezco; *ap.*
ó tyrana ley, que fuerzas
á obedecer ciegamente
á quien procura mi afrenta.
Se llega á Segismunda.
El honor; ay triste de mí!
á que oy tu Alteza me eleva,
desempeñará el cuidado
con que siempre, como es deuda,
procuraré resignada,
no salir de la obediencia.
Segis. Alza á mis brazos Clarinda;
El disimular es fuerza; *ap.*
y atiende, que mi deseo
es hacerte compañera
de la mayor confianza
de mi amor, y darte muestras
del cariño, que mi hermano
conoció, que en mí se abrevia.
Sacan Luces.
Clar. Guardeos el Cielo mil años,
Segis. No quita la vista de ella, *ap.*
muchos males de aqui pueden
re-

resultar. *Ric.* Tyrana estrella, *ap.*
poco mi dolor te mueve,
pues dár la muerte me niegas
á Clarinda, quando (ó Cielos!)
para que quede mi afrenta,
(si es que lo fué un pensamiento)
vengada, solo esto resta,
y ya dispuesto tenía,
que porque fuese sin señas,
que descubriesen la causa
de tan mísera tragedia,
Roberto á la media noche
abrasáse en llamas densas
esta Quinta, porque todos
creyesen que entre las fieras
voraces llamas, Clarinda,
perecido habia, y fueran
quien tambien disimulasen
la justa muerte sangrienta
de Ludovico atrevido,
pues faltar los dos, pudiera
dispertar á los curiosos
la maliciosa sospecha,
y mas, quando ya en Salerno
murmuraban la asistencia
que Ludovico tenia
en mi casa, y en mis rexas,
por donde los dos se hablaban
todas las noches (qué pena!)
todo el intento (ay de mí!)
la venida (pena fiera!)
del Principe, y de su hermana
ha desecho, y aún me fuerza
la lealtad, que les debo,
el avisar con presteza,
pues ya la noche ha baxado,
á Roberto que suspenda
lo que mandado le tengo,
pues siendo de noche, es deuda
el pedirlos, que se queden
en la Quinta.
Tan. Cómo ciega *ap.*
mariposa, enamorada
al fuego, mi amor se entrega.
Segis. La hermosura de Clarinda
mucho á mi hermano enagena. *ap.*
Clar. Ludovico, á quien adoro *ap.*
es centro de mis finezas,
y por él solo me alegro
ir á Palacio, pues esta
ocasion, mas facilmente
me dará, lo que desea
mi cariño, que es mirarle
con mas precisa frecuencia,
por ser Capitan de Guarda
del Principe, donde es fuerza,
para asistir á su empleo
en Palacio estár.
Ric. La Negra *A Segismunda.*
macilenta noche impide,
el que hagáis, Señora, ausencia
de mi Quinta, y así os ruego,
que supliqueis á su Alteza,
que se sirva::
Segis. De quedarse
decis, esta noche en ella?
Ric. Si Señora.
Segis. Yo presumo, *ap.*
que para que en ello venga,
no ha de ser dificultoso,
estando Clarinda en ella.
La peticion de Ricardo
es justa, Señor.
Tanc. Tu Alteza
disponga de mis decretos,
como à su gusto convenga.
Segis. Qué convenible que está. *ap.*
Ric. Pues entren vuestras Altezas
al Salon, que prevenido,
para ocasiones como estas,
ha dispuesto mi cuidado,
pues ya sabeis, que no es esta
la vez primera, que en él
logré dicha tan suprema.
Tanc. Es verdad; yo lo confieso; *vas.*
ay idolatrada prenda!
Segis. Ven, Clarinda.
Clar. Ya es mi norte
los pasos de vuestra Alteza. *vans.*
Ric. Cumplamos, honor ahora,
con la que es precisa deuda,
que despues, sin embarazos,
satisfaré tus querellas.

Sa-

Salen, Lisandro, y Naranjo, trayendo á Ludovico desmayado entre los dos, como de antes.

Lis. Ya las luces se descubren
del Village.
Nar. Vive el Cielo,
que á venturas tan estrañas,
no las tubo aquel Manchego,
que con ridiculas burlas
destruyó los Caballeros
Andantes, como en tí he visto,
desde que soy tu Escudero.
Lis. Dexa las burlas, Naranjo.
Nar. Yo burlas, qué lindo cuento,
quando entre manos la muerte
tenemos, en donde advierto
la sentencia de un gran Sabio
cumplida.
Lis. Qué majadero!
y quál fué aquesa sentencia?
Nar. Que era cosa de gran peso
la muerte, y en mis costillas,
ahora, por Dios, la experimento,
pues que vengo derrengado
de lo que me pesa este muerto.
Lis. Ten buen ánimo, que ya
estamos cerca del Pueblo.
Nar. Qué te vá á tí en que este hombre
esté vivo, ó esté muerto?
Lis. Mucho, pues siendo quien soy,
por Christiano, y Caballero,
me es preciso el asistirle,
hasta su postrer aliento.
Nar. Bien digo yo, que has nacido,
para enderezar los Tuertos,
á pesar de los Malsines,
y follones indiscretos.
Lis. Aquí hay abierta una puerta
de una casa.
Nar. Como el Cielo
está obscuro, no diviso
sino es la luz.
Lis. Pues entremos,
á ver si en ella encontramos
alguna piedad.
Nar. Yo temo,
que la piedad ha de ser
achacarnos este muerto,
y nos han de dar el pago,
que por tontos merecemos.

Entran, y salen, habiendo en medio del Teatro una Silla.

Lis. Aquí no hay nadie. Quién pudo
discurrir, que en este centro
de un rudo Village hubiese
Palacio tan bien compuesto?
Nar. Señor, salgamos de aquí.
Lis. Pongamos en este asiento.
Lo sientan.
Nar. Que suena gente.
Lis. No temas,
á este infelíz Caballero,
y ahora venga quien viniere,
que de este Cancél cubiertos,
podremos saber si es esta
la Quinta, que ahora me acuerdo,
dixo Ricardo tenia
en este sitio.
Nar. San Pedro
nos dé su auxilio, y las Llaves,
para salir de este enredo.
Se esconden.
Sale Ric. Los Príncipes divertidos
quedan mirando los Lienzos,
que de Roma hice venir
de los Pintores mas diestros,
para adornar el Salón
de este Palacio; y pues tengo
ocasion, voy, como es justo,
á dár aviso á Roberto,
para decirle no encienda
en esta ocasion el fuego
á la Quinta, pues estando
el Príncipe de Salerno
en ella (ó ayrada suerte!)
con su hermana (ó Santos Cielos!)
será indicio declarado
de traicion; y yo no quiero,
que de mi lealtad ninguno
tenga que decir, que el tiempo
dis-

dispondrá, si conviniere,
dar á Clarinda un veneno,
que no declara la causa,
aunque publíca el efecto.
is. No es Ricardo? *Nar.* Sí.
is. Qué pena!
ar. Tu has elegido buen puerto.
is. Raro caso!
ar. Fiero lance!
ic. Pero en qué ya me detengo?
mas que miro, yo, sí, quando
Repara, y se asusta.
Ludovico, sabe el Cielo,
que tu muerte fué con causa
tanta, que yo, sí, no puedo
resistir, que tu presencia
me ha dexado sin aliento;
dexame, no me persigas,
ilusion del pensamiento. *vaso.*
Sale Clarinda.
is. Vive Dios que le ha temido.
ar. Quién no ha de temer á un muer-
vamos de aquí; pero tate, (to?
que viene mas gente.
is. Un bello,
prodigio del Dios Alado
en esta Dama estoy viendo.
ar. Solo falta que ahora salgas
á enamorarla.
is. Pues necio,
que importarán los peligros
con tan apreciables riesgos.
lar. Cuidadoso el pecho mio
Sin reparar en Ludovico.
en el tallér de su centro
de caractéres confusos,
que incluyen alto Mysterio
dificil al penetrarlo,
y facil al entenderlo,
vá formando rara cifra,
que á no ser el Niño ciego
Autor, que vá delineando
finezas al pensamiento,
me daria gran cuidado,
ignorando el fundamento;
mas, como lo es Ludovico,
no me dá ningun recelo;
á donde estará mi amante?
á donde estará mi Dueño?
mas qué miro, es ilusion, *Rep.*
es delirio, pasmo, ó sueño?
no es Ludovico; ay de mì!
quien pudo, traydor, y fiero,
atreverse, dolor grave,
á dar la muerte, yo muero,
á mi bien, Señor, escucha,
no respondes? dolor fiero!
acudid, ola, Criados:
padre, señor. *vas.*

Salen Tancredo, Ricardo, y Soldados.

Tan. Qué es aquesto?
Ric. De qué das voces?
Tan. Qué miro?
Ludovico es.
Nar. Este muerto
tiene traza de acabar
con nosotros.
Lis. Santos Cielos,
quién se halló en lance tan fuerte?
pero yo, de qué recelo?
Tan. Vive Dios, que al homicida
he de castigar severo.
Ola. *Los Sold.* Señor.
Tan. Esta Quinta,
Registrad por si es, que el fiero
Autor de tanta desgracia
encontrais, que vive el Cielo,
que su castigo ha de ser
asombro del Universo.
Nar. Bueno vá, sino se enrreda.
Sold. Ya vamos á obedeceros. *Desen.*
Ric. De Ludovico el Cadaver,
quien traxo aquí, yo no puedo *ap.*
adivinar; mas Clarinda,
ya me han dicho sus estremos,
que á Ludovico estimaba,
yo pondré facil remedio.
Un Sold. En esta pieza dos hombres
se han ocultado,
Nar. Reniego de mì fortuna.
Tan. Qué espera vuestra osadía?
prendedlos, ó matadlos.

Salen desnudando el acero Lisandro, y Naranjo detrás de él.

Lis. No es tan facil.
Tan. Pues infiel, cobarde, necio,
quién podrá hacer á mi gusto
resistencia?
Lis. Aunque penetro,
que nadie aquí, porque juzgo
sois el absoluto Dueño,
de quantos contra mi vida
obedecen tus decretos;
vive Dios, que aunque vos fuerais
el Príncipe de Salerno,
con la razon que me asiste,
no he de rendir el acero.
Tan. Matadle pues.
Nar. No se acerquen,
que es un diablo del Infierno.
Lis. Matarme á mí, no es tan fácil,
como juzga vuestro esfuerzo.
Riñen todos contra Lisandro.
Tan. No ví arrogancia mas rara;
este hombre es loco.
Nar. Y tan necio,
què los muertos que le dieren,
es, por amparar á un Muerto.
Ric. El Español es valiente.
Todos. Date á prision.
Dentro voces. Fuego, fuego,
toda la Quinta se abrasa.
Ric. Que no pudiese á Roberto *ap.*
avisar, que no encendiese la Quinta.
Voces dentro. Acudid presto,
que Segismunda se abrasa.
Tan. Qué escucho, Divinos Cielos?
socorred presto á mi hermana,
y dexad aquesos necios. *vase.*
Ric. Seguid todos á su Alteza. *vase.*
Todos. Qué desgracia! *vanse.*
Dentro voces. Fuego, fuego.
Sale Roberto. A socorrer á Clarinda
viene el valor de mi pecho. *vas.*
Nar. Otra vez nos han dexado
con este maldito Muerto,
que es imposible no esté
ardiendo ya en los Infiernos.
Vamos de aquí.
Lis. Cómo quieres,
que dexe yo en tanto riesgo
á Segismunda? y mas, si es
aquel Divino portento,
que vieron mis ojos.
Nar. Hombre
de todos los diablos, eso
te dá cuidado, y no miras
el peligro manifiesto
de tu vida?
Lis. Oye, escucha.
Dent. Segis. No hay quien me socorra.
Lis. Cielos,
si será esta Segismunda.
Nar. Vamos, Señor.
Voces dent. Fuego, fuego.
Dentro Segis. Ay de mí!
Nar. Qué te detienes?
Lis. Dexame, que ya no puedo
dexar de exponer mi vida,
por la suya, al mayor riesgo,
que si ella es Dama, y yo Noble
no hago mas de lo que debo. *vas*
Nar. Ira de Dios, qual se arroja
á las llamas, ya no veo
su persona con el humo,
Señor, mira, San Alexo,
que se menea el Difunto.

Vuelve en sí Ludovico, y se asust Naranjo.

Lud. Ay de mí! pero qué es esto,
á dónde estoy?
Nar. San Longinos,
yo estoy temblando de miedo.
Lud. Herido estoy; mas la sangre
restañada está, y bien puedo
ponerme en pie, hombre, espera,
no me dirás. *Se levanta.*
Dentro Voces. Fuego, fuego.
Nar. Nada tengo que decir,
sino es, que me voy huyendo,
por no verte. *Vase.*
Lud. Nueva Troya

es este Palacio, Cielos,
á buscar voy quien me diga
el caso de este suceso,
y quien aquí me ha traido,
pues nada de esto comprendo. *vas.*

Den. Tan. Buscad todos á mi hermana.
Segismunda. *Todos.* Fuego, fuego.

Sale Lisandro con Segismunda en los brazos desmayada.

Lis. Hermosisima Tyrana,
mira, que es rigor severo,
sacarte á tì de las llamas,
y dexarme á mí en el fuego;
vuelve, Señora; (ay de mí!)
vuelve á cobrar el aliento,
que no es razon te desmayes
de lo mismo que yo muero.

Sale Naranjo. Señor mio.

Lis. Que hay Naranjo.

Nar. Ya tenemos otro Enfermo,
que llevar al Hospital?

Lis. Adelantate corriendo,
y preven los dos Caballos,
que quedaron en el centro
del Bosque.

Nar. Voy al instante,
porque si aquí me detengo,
he de llevar á costillas
otrô emboltorio de huesos. *vas.*

Lis. El fuego con mas violencia,
del Palacio, está en el centro;
y asi, pues, que Athlante hufano,
en mis brazos llevo el Cielo,
lograr quiero la ocasion,
que me ofrece el Niño ciego,
y mas, que en confusas voces
digan te doy.

Todos. Fuego, fuego.

Vase, llevando á Segismunda, y se dá fin á la primera Jornada.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Tancredo, con una Carta cerrada en su mano.

Tan. Ay, bellisima Clarinda!
ó hermosura desdichada!
quien dixera, que en el fuego,
la que era Divina llama,
rendir pudiera la vida,
á la materia mas basta!
bien á la forma la llamo
materia, si es que repara,
el que sabe, que es amor,
la no pequeña distancia,
que hay del fuego elemental,
que el material cuerpo abrasa
al fuego de Amor, que quema,
hasta lo interior del Alma;
al fin, Clarinda, (ay de mì!)
murió en las boraces llamas
de su misma Quinta (ó Estrella!)
tan injusta, como ayrada.
No me dirás, qué motivo
tuvo tu violenta ingrata
condicion? Pero qué digo?
Yo estoy sin mí: aquesta Carta
quiero abrir, por si es que puede
melancolía tan rara
suspender un breve rato
su contexto. *Lee.*

Salen Nar. y Lis. Espera, aguarda,
que el Principe divertido
Se detienen al paño.
está leyendo una Carta.

Nar. Ya te has hecho Palaciego.

Lis. Què te admira, ni te espanta.
si tengo en este Palacio,
no menos, que toda el Alma.

Nar. Dime, Señor, por tu vida,
es del Principe, la hermana,
Segismunda, por quién penas?

Lis. Ay, dulce prenda adorada!

Nar. Qué dices?

Lis. Que sus dos ojos
todo el pecho me taladran.

Segis. al pañ. Ya el Español ha venido,
presencia tiene gallarda.

Iren. al pañ. Y el picarón del Criado
parece muy buena maula.

Sale Lud. Gran Señor.

Tan. Qué hay, Ludovico?

Lis. Retiremonos.

Tan. Aguarda Español,

no te retires.
Lis. Rendido estoy á tus plantas.
Nar. Y yo, y todo.
Tan. Quién sois vos? *Se arrod.*
Nar. Yo soy lo mismo que nada.
Tan. Cómo, asi?
Nar. Porque en Castilla,
y en las Provincias eladas,
aquel, que tiene Naranjos,
con ellos no tiene nada;
pues aunque tenga un millon,
no coge, ni una Naranja.
Tan. Con que segun eso, vos
sois Naranjo?
Nar. Cosa es clara.
Tan. Pues el Arbol, que á su tiempo
no dá el fruto en verde rama,
en el fuego castigado
sirve de algo lo que es nada.

Sale Segismunda, Irene, las Damas todas de gala.

Segis. O, como en mi pecho siento
de amor la flecha dorada! *ap.*
mas disimular es fuerza.
Tanc. Segismunda, bella hermana.
Segis. Gran Señor?
Tan. Mucho me alegro
de veros recuperada
del susto, y aún del peligro,
en que os pusieron las raras
violencias del fuego ayrado.
Segis. Al Español doy las gracias
de tanta dicha.
Tan. En su premio,
mi Diadema está empeñada.
Lis. Aunque la deuda es tan grande,
satisfecha al confesarla,
vuestras Altezas del todo
ya la dexan bien premiada.
Sale Ric. Permitame vuestra Alteza
hallar consuelo en sus plantas. *Llor.*
Tan. Qué hay de la Quinta?
Ric. Que aun dura
el incendio, que la abrasa,
y por instancias creciendo
vàn las miseras desgracias;
pues entre los cuerpos muertos,
que de entre las ruinas sacan,
además del de Clarinda,
mi hija (congoxa estraña!)
han sacado el de Roberto,
mi Sobrino.
Tan. Qué desgracia!
Nar. Castigo del Cielo ha sido *ap.*
Tan. Murieron mis esperanzas. *ap.*
Lud. Con las muertes de Roberto,
y de Clarinda se acaban *ap.*
del Principe los amores,
y de mi rencor la saña;
pues Ricardo no me ha dado
motivo para venganza.
Ric. O quantos yerros comete *ap. llor.*
una colera temprana;
ay hija del alma mia,
ay Clarinda desgraciada.
Tan. No te culpo el sentimiento,
por ser tan grave la causa;
mas pues eres entendido,
con tu cordura, repara,
que las lágrimas que viertes
no remedian la desgracia;
y asi, de asunto mudando
el contexto de esa Carta,
que es del Marqués de Saluzo,
que ser vuestro Esposo aguarda:
vuestra Alteza lea alegre.
La dá la Carta, y ella la lee disgustada.
Y tu, Español, que declaras,
con tu persona briosa,
mucho mas de lo que callas;
dime, quien eres, que quiero
desempeñar mi palabra?
Ric. Perdido soy, si es que necio, *ap.*
el Español le declara
todo quanto vió en el Monte
de la pendencia pasada.
Lud. Informado el Español, *ap.*
por mi, de todo se halla,
con que no temo, que diga
de la pendencia la causa.
Segis. Mucho el Marqués de Saluzo
se

se descuidó con su Carta, *ap.*
y aunque mi hermano lo ordene,
no puede ser suya el Alma,
que ya el Español la tiene,
como su mas propia alhaja.
Tan. No empiezas?
Lis. Sí, gran Señor.
Nar. Relacion es, y bien larga,
Lis. Lisandro es, Señor, mi nombre,
Barcelona fue mi Patria,
de sus Condes, mi Nobleza,
y de sus Tymbres mi Casa.
Rodulfo, hermano del Conde,
que hoy á Barcelona manda,
como legitimo dueño,
fue mi Padre, el que á la fama,
con sus heroycas virtudes,
de valor, ingenio, y Armas,
dió motivo á que dixese
lo que él prudente ocultaba.
Que aunque siempre la modestia
de la humildad hizo gala,
con lo mismo, que se oculta;
mas sus meritos declara.
Al Conde de Cataluña,
su hermano, y mi tio, (ó quanta
es de mi dolor la pena,
al referir su desgracia!)
Vasallo, deudo, y amigo,
con leal fineza hidalga,
en la paz, con el consejo,
con su acero, en la Campaña
le sirvió continuamente,
hasta dexar bien fixada
la Corona en su cabeza,
que indecisa se notaba.
Muy agradecido el Conde,
con demonstraciones raras,
por estos grandes servicios,
cuerdo á mi Padre estimaba;
y univocados los dos,
á Cataluña mandaban,
tan hermanos, que creyeron
eran dos cuerpos, y un alma.
Mas la fortuna inconstante,
que no dió dicha colmada,
y en el auge mas sublime
hace su mayor mudanza:
inconsecuente su rueda
dispuso, que una borrasca
del tranquilo Mar burlase
la pacifica bonanza.
Como mi Padre, el estado
era quien mas gobernaba,
mientras que el Conde al destino
de una bellisima Dama,
juguete del Niño Dios,
todo el cuidado entregaba;
cobró muchos enemigos,
que su ruina procuraban,
los unos, por la Justicia,
los otros, por la Templanza.
O condicion de los hombres,
mas que la fortuna varia,
pues ni el castigo te apremia,
ni la clemencia te hablanda!
desdichado del que rige,
hidra de cabezas tantas,
pues alimenta, y gobierna,
de su vida la Guadaña.
Esto sucedió á Rodulfo;
pues quando mas se esmeraba
en el bien de aquel Estado,
al Conde, con sagáz maña,
dixeron traidoras lenguas,
que su hermano procuraba
tiranizar su Dominio,
y él, con vengativa saña,
sin averiguar si eran ciertas
las noticias, que le daban,
le hizo dár, disimulado,
un veneno (ley tirana!)
fingiendo gran sentimiento
de su muerte acelerada,
y dando á entender á todos
los que su persona amaban,
que un repentino accidente
de la vida, le privaba;
que bien conoció, que un hombre
de sus muchas circunstancias
le podia dár cuidado,
aun despues de estár sin alma.
Con solemnidad, y pompa,
triste, fúnebre, y pausada

se le hicieron las Exequias,
Honras, en el modo varias,
por ser de algunos sentidas,
como de otros ser celebradas.
Quatro lustros, á mi esfuerzo
dichosamente informaban,
quando mi inocente Padre
falleció de esta desgracia;
y aunque comprehender no puede,
por el pronto, la vil traza
del Caín, disimulado,
muchas sospechas luchaban
acá dentro de mi pecho,
que me dixeron, osadas,
con retorica sucinta
todo quanto yo ignoraba.
Mal seguro, de mi Tio,
en sus acciones notaba,
muy estrangero el alhago,
la caricia muy uraña;
con despego me atendia,
con severidad me hablaba,
por lo que ya mis sospechas
á evidencias se pasaban.
Hiceme desentendido,
mostré mayor confianza,
con los que el Conde, mi Tio,
por validos estimaba.
Entre ellos habia un hombre
de estos de mediana labia,
que no saben lo que dicen,
y continuamente parlan:
cayó, traydor, una noche,
que yo escuchandole estaba,
encubierto de un Cancél,
pendiente de sus palabras,
pude oír, que al Conde, ingrato,
de esta manera le hablaba.
Es posible, gran Señor,
que tu Alteza no repara
el gran peligro que corre
su vida, si es que declara
el tiempo, como acostumbra
la muerte, disimulada
de Rodulfo, aquel, que quiso,
siendo de cera sus alas,
beber, Aguila, las luzes,
de su fuego, á cuyas llamas
quedaron tan derretidas,
que se hallaron castigadas,
ya que no, en salobres tumbas,
en las venenosas vascas
de aquel veneno, que yo
le dí en la copa dorada?
Muera, gran Señor, Lisandro,
tu Sobrino, y su arrogancia
quéde con la de su Padre
á tus plantas humillada.
No repares, que es tu sangre,
que al que la salud le falta,
para aliviar su dolencia,
su misma sangre derrama.
Yo sé, que Lisandro injusto,
en la muerte acelerada
de su Padre, halló sospechas
del veneno, por las manchas,
que despues de estár difunto
descubrió, y que solo trata,
disimulando su pena,
tomar sangrienta venganza.
Aquí el Consejero aleve,
con su Relacion llegaba,
quando, sin dár mas espera,
de mi corage, la rabia,
con una acerada Sierpe
le dí tantas puñadas,
delante del mismo Conde,
que embarazarlo intentaba,
que aún para la breve quexa,
no le dió tiempo mi saña.
A mis pies cayó rendido
el vil traydor, y la guarda
del Conde, que estaba cerca,
con las desnudas Espadas,
(porque asi mi aleve Tio,
colérico lo ordenaba)
que á prision me diese: todos
atrevidos me mandaban.
Mas yo á morir, arrestado
con la punta de mi Espada,
hice paso entre la turba,
con gentiles Cuchilladas.
Salí de Palacio huyendo,
y de la noche amparada,

mi vida, quiso la suerte,
que aunque todos me buscaban,
nadie encontrarme pudiera,
sino es uno, que anhelaba,
no mi prision, sino es darme
vida, sér, honor, y fama.
Este fué un Amigo antiguo
de mi Padre, y de mi casa,
que es Capitan General
de las Naves Catalanas,
el que sagaz, conociendo
lo que á mi vida importaba,
la ausencia, en aquella noche,
dispuso, que disfrazada
mi persona, y la de aqueste
Criado, que me acompaña,
en Marineros, un Barco
nos diese salida franca;
pues entonces, en las Naves,
las noticias ignoraban
de todo quanto en Palacio
sucedia, con que en nada
hubo embarazo; y asi
las Velas al viento dadas,
surcamos dichosamente
de Neptuno la Campaña,
hasta que sin riesgo alguno
de tormenta, ni borrasca;
en Salerno tomé tierra,
á pesar de estrella ayrada,
despues, que en su rubia arena
puse dichosa mi planta,
con este Criado, un dia,
de Salerno me ausentaba,
con el ánimo de ver
de las Naciones estrañas
las poblaciones, y Templos,
Ritos, costumbres, y Armas;
quando, á la entrada de un Monte
espeso, de verdes ramas,
escuché de una Escopeta
el ruido de ardiente vala,
y aunque pudiera su silvo
ser rémora de mi planta
mi valor, que nunca supo
volver al riesgo la espalda,
intrépidamente osado
me entro en la espesa maraña;
y á poco rato encontré
rendido en la verde Grama
á Ludovico, entregado
al desmayo, y salpicadas
con su sangre quantas flores
vergonzosas le cercaban,
al vér tan gallardo Adonis
morir, sin tomar venganza:
Lastimado de su ofensa;
y viendo que vivo estaba,
á la Quinta de Ricardo,
donde tu Alteza, y su hermana
casualmente divertidos
aquella noche se hallaban,
y á cuya venida hicieron
sus Torreones Luminarias,
lo llevé, sin saber donde,
hasta que de aquella Quadra,
en donde estaba escondido,
esperando modo, y traza
de salir, sin que ninguno
me pudiese vér la cara,
porque no me acomulasen
del herido la desgracia,
me sacaron tus Soldados
á besar, Señor, tus plantas;
si bien en ellas, mi vida
se halló muy amenazada;
pero el fuego de la Quinta,
que en incendios se abrasaba,
y las voces, que se oían
de Segismunda, en las llamas,
os llamaron dignamente
á empeño de mayor fama.
Todos parten en su busca,
y yo, con ligera planta,
por entre el humo, y el fuego,
entrando de Sala en Sala,
á pesar de los maderos,
y Torreones, que baxaban,
ofreciendome el castigo,
si es que adelante pasaba:
encontré, para mi dicha,
á su Alteza desmayada,
y aunque saber, yo no pude,
si era Segismunda, el Alma

pa-

parece, que me decia,
que Magestad tan gallarda
ser podia solamente
de Deydad tan Soberana,
nuevo Enéas de su vida,
en mis brazos colocada,
saqué á su Alteza del fuego
al campo, donde alhagaba
con blando susurro alegre
el Cefiro, y es, que estaba
pasmado de ver la Aurora
madrugar tan de mañana,
A los apacibles soplos,
con que el viento se arrullaba,
volvió del triste desmayo
su Alteza recuperada;
y hallandose en ruda concha,
entre Divina, y Humana,
yá severa, yá piadosa,
sin hablarme, me miraba,
á tiempo, que vuestra Alteza
llegó con toda su Guarda
muy alegre á dar los brazos
á su bellisima hermana;
y viendo, que mi valor
era no pequeña causa
de las dichas, que Salerno,
en una vida lograba,
à Palacio, me ha mandado
venir tu Alteza, donde halla
él mayor logro mi suerte,
solo con besar tus plantas.

Tan. De tu valor satisfecho,
hoy te previene mi gracia,
en premio de lo que debe
Salerno á la Noble azaña,
de dár vida à Segismunda,
honores de mayor fama,
que en Cataluña perdieron
vuestras miseras desgracias.
Y para que empiece á daros
señas, mi fineza hidalga,
General de Mar, y Tierra
te nombro.

Lis. Dicha estremada,
humilde la tierra beso,
donde tu huella se estampa.

Segis. Yo, que soy, la que à tu diestra
debo estar mas obligada.
quiero darte en esta Joya,
un indicio, que afianza,
los deseos que me asisten

Le dá una Joya.

de darte mas digna paga.

Lis. Con favor tan Soberano,
ya es posesion la esperanza.
O, si explicarme pudiera! *ap.*

Segis. O, si entendiera mis ansias.

Lud. Bien merece el Español *los 2. ap.*
honras tan extraordinarias.

Ric. Aunque Lisandro es valiente,
tiene Española arrogancia.

Tan. Tu, Ludovico, en estando
tu salud recuperada,
al Monte, donde te hirieron
los foragidos, que estaban
en él, segun me dixiste,
haz, que los Soldados salgan
á prenderlos, porque es justo
dar à tu herida venganza,
y à la osadìa escarmiento.

Lud. Voy à hacer lo que me mandas,
pues mi herida fué tan corta,
que ya está, Señor, cerrada.
Para sosegar su enojo, *ap.*
enviaré algunas Esquadras,
que reconozcan el Monte
con disimulada traza. *vase.*

Ric. Yo Señor, con tu licencia
voy à la Quinta.

Tanc. Repara.
que al Cadaver de Clarinda,
con Magestad, la mas alta,
se haga el Entierro, que en él
estaremos, yo, y mi hermana.

Ric. Me considero, Señor,
indigno de dicha tanta,
y al favor reconocido,
os doy infinitas gracias.
No sé que quiera decir *ap.*
demonstracion tan estraña:
dexame, no me persigas,
imaginacion tyrana. *vase.*

Tan. Qué os parece, Segismunda,
del

del contexto de esa Carta?
Segis. Que no admito la propuesta
del Marqués.
Tan. No sé que causa
puede tener tu rigor,
para respuesta tan agria.
Segis. No hay mas causa,
que el no ser gusto mio.
Tan. Pues mas sabia,
considera, que es el mio,
que con esto solo basta,
Aconsejala, Lisandro, *ap. los 2.*
que esta fineza me haga,
pues al Marqués de Saluzo
tengo dada la palabra,
de que ha de ser digno Esposo
de Segismunda, mi hermana. *Vas.*
Lis. Cayga el Cielo sobre mi!
Nar. Y sobre mi, una Tinaja,
de las que un Amigo tiene,
llenas de mosto, en Arganda.
Segis. De qué has quedado suspenso?
Lis. No sé, Señora.
Segis. La Carta *ap.*
parece que le disgusta,
no me pesa, pues declara,
que los afectos de entrambos,
son efectos de una causa.
Lis. El Principe me ha mandado,
que os diga (ó estrella ingrata!)
que de Saluzo, al Marques
respondais, no tan airada.
en vista de que su Alteza
le tiene dada palabra,
de que habeis de ser (qué ira!)
su Esposa.
Nar. Linda embaxada!
Seg. Ciega de colera estoy, *ap.*
mas por ver, si es que me ama,
quiero hacer, con disimulo,
una experiencia.
Lis. El Alma de su voz,
tengo pendiente. Qué decis?
Segis. Que teneis gracia,
para persuadir finezas; *Riendo.*
pues ya mi rigor se hablanda
y por vos, hacer pretendo
lo que mi hermano os encarga.
Lis. Por mi, Señora?
Segis. No es esto
lo que me pedis? Turbada *ap.*
la color tiene. *Lis.* Yo digo
lo que su Alteza me manda
decir; pero no persuado
dichas, que han de ser estrañas,
que en caso de persuadirlas,
no tan mal las aplicára.
Seg. Cómo es eso?
Lis. Quiero decir,
con bien fundada esperanza,
si en mi, como no se encuentran
dignos méritos, se halláran.
Seg. Mal disimula.
Lis. En sus ojos, *ap.*
toda el alma se me abrasa.
Segis. Ya conozco, que es preciso
el hacer lo que me manda
mi hermano; y asi (yo muero!)
dile, que mi mano blanca
es ya del Marqués.
Lis. Qué escucho?
murieron mis esperanzas.
Segis. No vais? *Lis.* Si señora.
Segis. Ay Cielos! *Hace que vá*
Esto es buscar mi desgracia.
Esperad, oid.
Lis. Señora, aqui estoy,
decid, qué manda tu voz?
Segis. Que digais, os mando,
que para dichas tan altas
es mal tercero, el que puede
hacer propias las entrañas. *vase.*
Lis. Dichoso, quien tal escucha
de los labios de su Dama,
y mas dichoso, el que adora
à Deidad tan Soberana. *vas.*
Nar. Voace, señora fregona,
si quisiere ser, mi daifa
la prometo dár costosa,
de cierto pelo, una gala.
Iren. Porque me quiera, perdono
el que me ponga galana,
que bien conozco en su talle,
que está el pobrete sin blanca. *vas.*

Nar. Dichoso quien esto escucha
de los labios de su Dama!
y mas dichoso, el que puede
enamorar, de valdragas. *vase.*

Sale Tancred. O soledad amada
del triste corazon, dulce morada,
ya contigo, mi pena se minora,
pues se deshace tanto, como llora,
no culpes estas lagrimas, que vierto,
que no soy marmol hierto,
para que en mí, no puedan las pasiones
esculpir las humanas impresiones,
de alegria, dolor, susto, lamento,
gozo, tristeza, pena, y sentimiento.
Yo adoraba à Clarinda, mas ya miro,

Sale Ludovico, y repara en él Tancredo.

que para el breve plazo de un suspiro,
no me dan tiempo los precisos cargos
del estado, que rijo, ¡ò quán amargos
son los Cetros dorados,
si como deben ser, son gabernados!

Lud. Gran Señor. *Tan.* Ludovico, bien venido.

Lud. Todo el Monte, Señor, he discurrido,
que me mandó tu Alteza, y en su umbroso
enmarañado centro delicioso,
los Soldados, ni yo, los foragidos
podimos encontrar. *Tan.* Muy advertidos
anduvieron en irse de mi Estado;
mas dexando esto à un lado,
aquel Papel, que yo mandé, que hicieses,
y à Clarinda le dieses,
firmado de tu nombre, porque fuera
facil llave, que abriera,
de su Jardin, la puerta, prometiendo
el ser su Esposo tu, para que abriendo,
entrasemos los dos, y yo la hablase
en mi amor; qué lo hiciste? *Lud.* Porque obrase
prontamente al deseo de tu Alteza,
se lo di con presteza
el mismo dia, que el discurso vuestro,
inventó cauteloso, ardid tan diestro,
y aquella noche fuimos à la puerta
del Jardin, la que estuvo luego abierta.

Tan. Dices bien, mas tan fuerte
es el dolor, que tengo de su muerte,
que ya no me acordaba;
por señas, que la noche, que yo entraba
con Ricardo encontré, el qual valiente,
osado prontamente

sacó la Espada, y los dos, validos
(por no ser conocidos)
del Manto de la noche, con enojos;
sin vér los bellos ojos
de Clarinda, divina, y prodigiosa,
volvimos à Palacio (ó bella Rosa!)
de quien amor llevaba la Ambrosia,
ya murió de mi pecho la alegría.

ud. Señor:: *Tan.* Nada me digas,
que ya no quiero alivio en mis fatigas
ud. Rara melancolia! Yo le sigo,
por vér si su dolor algo mitigo.

ale Lisandro de embozo, con Espada, y Broquél.

is. Apacible noche fria,
cuyo denegrido manto,
es de los finos Amantes,
Norte, asilo, luz, y amparo:
quien culpó tus lobregueces,
amar no supo; pues quantos
tributaron al Dios Niño
amorosos holocaustos,
de tus silenciosas sombras
venturosos se ampararon.
ale con capa Nar. Eres tu, Señor?
is. Qué temes?
yo soy, llegate, Naranjo,
Iar. Una llave, y un Papel
de Segismunda, te traygo.
is. Qué ventura.
Iar. Esta es la Llave,
y aqueste el Papel.
is. O quanto
Le dá lo que dicen los Versos.
es el contento, que tiene
mi corazon alterado:
una luz nos hace falta,
para vér (ó Cielo Santo)
lo que Segismunda dice
en su Papel!
Nar. Ya has logrado
tu deseo. *Mira al Bestuario.*
is. De qué forma?
Nar. Como la Ronda, y su Cabo,
aqui vienen, y podràs
en la Carcel, vér despacio
el Papel.
Lis. Viven los Cielos,
que aqui he de leer, todo quanto
contiene, con la Linterna,
que traxeren.
Nar. Ya temblando
de miedo estoy.
Lis. Ha cobarde!

Salen Ministros de Ronda, con su Linterna. (dos.
1. *Minist.* Dos hombres alli emboza-
se divisan. *Otro.* Llegad presto,
y sabed quien son. *Nar.* San Pablo.

Llegan á reconocerlos, encandilando la Linterna.

Ministro. Quien và à la Ronda?
Lis. Dos hombres,
que necesitan despacio,
con la luz de esa Linterna,
leer un Papel; y asi, Hidalgo,
perdonad, que brevemente
os despacharé, Naranjo,
toma la Linterna.
Le quita la Linterna.
Nar. Cielos,
el hombre està endemoniado.

Toma Naranjo la Linterna; los Ministros se alteran, y Lisandro abre el Papel despacio.

Minist. Vive Dios, que es demasia,
qué esperais? Ola, matadlo. *desenv.*
Lis. Poco à poco, Caballeros,
y esperen un breve rato,
que yo prometo ser breve,
si el Papel no fuere largo.

Minist. Ay mayor atrevimiento!
Lis. De qué tiemblas, mentecato?
Nar. De miedo. *Lis.* Llega esa luz.
Minist. No despacha?
Lis. Ya despacho.
Lee el Papel. Esa llave, que te embió
es del Jardin, donde aguardo,
que puedas entrar con ella
esta noche, hasta mi quarto.
Minist. Brava flema.
Lis. No se admiren.
Nar. Jesus, qué Papel tan largo!
Lis. Que como es letra de Dama,
tiene tan preciosos rasgos,
que ellos mismos me combidan
à mirarlos muy despacio.
Minist. Hombre de valor parece. *ap.*
Lis. Vuelvo à leer.
Nar. Lleven los diablos
al Papel, à Segismunda,
á tì, y á quien te lo ha dado.
Lee En donde hablar sin testigos
podremos, de todo quanto
corresponde al casamiento,
que me quiere dár mi hermano,
con el Marqués de Saluzo,
á quien aborrezco tanto.
Dios te guarde, y haga, sea
Segismunda de Lisandro.

Un Ministro le quita el Papel, y tira al suelo.

Lis. Qué has hecho, cobarde, aleve,
tan vil sacrilega mano *Se enfur.*
he de arrancar con mi acero
de tu fementido brazo.
Los acuchilla.
Minist. No hay quien pueda resistir
su valor. *Entra acuchilland.*
Lis. Há villanos,
esperad, y no cobardes,
huyais, tan precipitados.
Nar. No tomeis ese consejo,
que no es del todo muy sano.
Yo me voy, antes que encuentre
conmigo, algun sepan quantos,
y aqui la Linterna dexo,
por si volviere Lisandro. *Vase.*

Salen Tancredo, y Ludovico de noche.

Tan. Ruido de Armas me parece,
que cerca de aquí he escuchado.
Lud. Una Linterna encendida
está en el suelo; tan raro
suceso me tiene absorto.
Tan. Qué podrá ser?
Lud. No lo alcanzo.
Tan. Acia alli un Papel diviso:
yo quiero del suelo alzarlo,
Toma el Papel.
que á leer, todo quanto encuentro,
siempre fui aficionado.
Llega esa Luz.
Toma la Linterna Lud. y alumbra.
Lud. Raro gusto
tiene tu Alteza!
Tan. Asi engaño
el dolor, que me atormenta;
qué miro, Cielos Sagrados!
Esta es letra de mi hermana,
ó debo de estár soñando;
asi dice: quién se ha visto
en duda de tal cuidado? *ap.*
Lee. Esa Llave, que te envio
es del Jardin del Palacio,
con ella podrás entrar
esta noche, hasta mi quarto,
en donde hablar, sin testigos,
podremos de todo quanto
corresponde al casamiento,
que me quiere dár mi hermano,
con el Marques de Saluzo,
á quien aborrezco tanto.
Dios te guarde, y haga sea
Segismunda, de Lisandro.
Há, injusta, hermana, atrevida!
O Español, el mas ingrato!
Asi pagas las mercedes,
que te consignó mi mano!
Lud. Que contiene ese Papel?
Tan. No sé; dexame.
Lud. A este lado
parece que suena gente.
Tan. Apaga la luz.
Apaga la luz Ludovico.

Sa-

Sale con el Acero en la mano Lisandro; y Tancredo, y Ludovico se retiran á un lado.

Lis. Buscando
el Papel de Segismunda
vuelve á este sitio, el cuidado.
Lud. Un hombre ácia alli diviso.
Tan. Este es el traydor Lisandro: *ap.*
retirate aqui. *Lis.* Yo creo,
que Naranjo lo ha guardado,
y pues aquesta es la puerta
del Jardin, en qué me paro?
á vér voy á Segismunda;
fortuna guia mis pasos. *vase.*

Llega á una puerta, que ha de haber en el Teatro, y sacando la llave, hace que abre, y entra, y Ludovico vá á detenerle.

Tan. A dónde vás? *detiene á Lud.*
Lud. Voy á vér,
quien es tan loco, y osado.
Tan. Quedate tu en esta puerta,
que yo quiero castigarlo.
Lud. Mira, Señor.
Tan. No repliques:
la llave maestra, que traigo,
me servirá de ir abriendo
todo quanto vá cerrado. *Vanse.*
Sale como entro Lisandro.
Lis. No sé que el Alma me dice,
que el corazón alterado;
no cabe dentro del pecho,
algun riesgo adivinando.
Vive Dios, que ya me corro,
aún de haberlo imaginado;
yo temor, yo cobardia,
miente mil veces mi labio. *vas.*
Sale Tan. Yo he de ver adonde llega
atrevimiento tan raro.
Sale Lis. Valgame Dios, y que golpe,
en esta pierna me he dado, *Cae.*
al subir ese escalon
de esta Sala! ó que malo
es el entrar un Amante
desde luego tropezando!
Mas aunque contra mi vida
se conjuren, todos quantos
agueros tiene el Infierno,
yo he de llegar hasta el quarto
de Segismunda.

Vá á querer entrar, y cae un Quadro, Retrato de Tancredo, que le detiene el paso.

Otro asombro!
de Tancredo es el Retrato,
que se me pone delante,
para embarazar mis pasos;
mas en vano lo procura,
pues aún él mismo, si acaso
delante se me pusiera,
Lo tira á un lado, y entra.
le hiciera dos mil pedazos. (pesa
Sale Tan. Por quien soy, que ya me
el hallarme precisado
á darle la muerte fiera,
que el Español es bizarro. *vas.*

Salen á un tiempo Segismunda, y Lisandro, cada uno por su lado.

Seg. Que es esto? contra quién traeis
aquese acero en la mano?
Lis. Me pareció, que sentía
ruido, Señora, en tu quarto,
y por esto, solamente
le traygo desembaynado;
pero ya, á tus pies rendidos,
el, y yo, Señora, estamos.
Segis. Vuelva á la vaina el acero,
que se precia de alentado,
y tanto, que mal sufrido,
me ha hecho sangre en una mano.

Levanta la Espada, y hace que se ha cortado en la mano.

Lis. Si capáz de sentimiento
fuera; vive Dios. *Segis.* Lisandro,
no te enojes, por mi vida,
que no es cosa de cuidado.
Lis. Ella es todo mi consuelo.
Segis. Alza Lisandro, á mis brazos.
Sale Tancredo embozado, con el acero desnudo.
Tan. Un injusto advenedizo,
no merece honor tan alto.

Lis.

Lis. Lo mejor, que en mí se encuentra,
es lo Estrangero; y en quanto
á que soy advenedizo,
si lo dice vuestro labio,
por mi Nobleza es mejor,
que la vuestra, y la de quantos,
aunque entre el Principe en ellos,
tiene Salerno. *Tan.* Mataros,
es lo que deseo, en suma
seais Plebeyo, ó Hidalgo
Segis. Quien será, Cielos, este hombre,
Lis. Pues apretar bien las manos,
que si á matarme venis, *Riñendo.*
no teneis poco trabajo.
Tan. Qué buen pulso!
Lis. Bien repara los golpes.
Tanc. Qué fuerte brazo!
Segis. Hombre, que atrevido intentas,
encubierto, y embozado,
perder el respeto mio,
y vulnerar mi recato;
Le descubre el rostro.
saber quien eres pretendo
de este modo, mas mi hermano.
Tan. Qué has hecho? vive mi enojo.
Lis. No gran Señor, irritado, *lo det.*
castigueis, á quien no tiene
ninguna culpa. *Tan.* Villano:
traydor, injusto, atrevido.
Lis. Vive Dios, que se ha engañado
tu Alteza, y que en calidad,
sino le excedo, le igualo.
Tan. Si lo eres, no lo pareces,
en vulnerar el Sagrado
de este recinto. *Segis.* Ay de mí!
que decir no sé. *Lis.* No falto
á parecer lo que soy.
en hallarme aqui; pues hallo,
que fueron mis pensamientos,
á quien soy, iguales tanto,
que ellos me dicen, merezco
de Segismunda la mano,
aun mejor, que el de Saluzo. *le emb.*
Tan. Cierra el fementido labio.
Lis. Repare, Señor, tu Alteza.
Tan. Riñe, cobarde. *Lis.* La mano
os bese, como á mi Dueño;
y este Baston, que me ha dado
vuestra Alteza, me previene,
que ya soy vuestro Vasallo,
por cuya razon no puedo
el reñir con vos. *Tan.* Buscando
escusas, para el combate
está vuestro miedo. *Lis.* Hufano
puedo decir con verdad,
que en peligros, aún mas arduos,
nunca yo le ví la cara.
Tan. Mas dilaciones no aguardo.
Lis. Oid, Señor. *Tan.* Ya no es tiempo.
Voc. Seg. Ha de la Guardia, Soldados.
Tan. No los llames, calla, cesa.
Salen Ludovico con Capa, y Soldados, todos contra Lisandro.
Todos. Aqui es el ruido.
Tan. Esperaos.
Segis. Ay de mí!
Lis. O estrella ayrada!
Tan. Quitad la Espada á Lisandro,
Lis. Repare bien, vuestra Alteza,
que son pocos, todos quantos
en su presencia se miran,
para empeño, que es tan arduo.
Tan. Quién vió osadía tan rara?
Lud. Rinde la Espada, Lisandro,
que libertad yo te ofrezco. *ap. los 2.*
Segis. O amor, el mas desdichado!
Tan. Pues damela á mí. *Lis.* Ya fuera
el negarla á vuestra mano,
sobre poca cortesía,
atrevimiento sobrado.
Lud. A dónde mandais le lleve?
Tan. A la Torre de Palacio.
Lis. Ay, Segismunda, adorada!
O bellisimo milagro,
contra los dos se amotina
todo el rigor de los Astros. *vas. llev.*
Tan. Tu, Segismunda, (ay de mí!)
retirada en ese quarto,
no salgas de él, hasta que
otra cosa ordene sabio.
Con la venganza, y piedad, *ap.*
mi corazon vá luchando. *vase.*
Seg. Piadosos, Divinos Cielos,
hermosos lucientes Astros,

por

por cuya causa segunda,
el Mundo esta gobernado.
Tened lastima, y piedad
de dos corazones castos,
que unidos, en amor viven,
estrechamente enlazados. *Vase.*

JORNADA TERCERA.

Se corre la Cortina de enmedio, y sentado sobre una Silla, se descubre Lisandro con una Cadena al pie.

Lis. Quien padece por amar,
siendo su amor admitido,
no debe estár ofendido
del mas acerbo penar;
porque enmedio del pesar,
el sentimiento mayor,
se mezcla con el favor
de la mas dulce memoria,
con cuya amorosa gloria,
no hay permanente dolor.
Por esto, mi pecho amante,
entre los soplos del Noto,
como el mas diestro Piloto
resisté el silvo arrogante;
que aunque el pielago inconstante,
mi muerte vaya buscando,
á mi memoria acercando
se ván las dulces maréas,
de las mentales ideas,
con que me voy regalando.
O adorada, Segismunda!
dulcisimo bien del Alma,
en cuya apacible calma
todo mi alivio se funda:
por tí la pena profunda
de mi pecho se desbia;
y aunque la estrella porfia
en hacerme desdichado,
ya no puede, pues me ha dado
todo, quanto dár podia.
Llegad lágrimas de amor
á las niñas de mis ojos,
que no sereis, no, despojos
indignos de mi valor:
Llorad sin ningun temor,
que yo os iré disculpando,
con decir, que estais amando
á Segismunda, y con esto
hareis justo manifiesto
de ir lágrimas derramando.

Sale Ludovico.

Lud. Qué es esto, Lisandro, amigo?
lágrimas tu? vive Dios,
que me pesa el vér, que así
amancilles tu valor.

Lis. Ay Ludovico, qué injusto
culpas mi tierna pasion;
mas no me admiro, que tu
no sabes lo que es amor:
si tu esta ciencia aprendieras,
supieras, que el Niño Dios,
á los Heroes mas valientes
tanto los afeminó,
que en mugeriles adornos
hubo quien se disfrazó.

Lud. Ya sé, que Aquiles es ese,
hijo del Tetis; mas oy
no necesitan las Damas
de aquesa rara invencion,
que como haya que gastar,
nadie se muere de amor.

Lis. Gastais buenos desenfados.

Lud. Tengo libre el corazon:
mas vamos á lo que importa,
que esto no es del caso; yo
he sabido, que Tancredo,
con excesivo rigor,
disponiendo anda tu muerte,
y aunque en aquesta ocasion
el modo ignoro, yo temo
tu peligro, y que el rencor
de su enojo, se adelante,
y me quite la ocasion
de poder darte la vida,
que mi amistad te ofreció;
y así, mañana en la noche...

Lis. Suspende, Amigo, la voz,
y advierte, que de Salerno
no haré ausencia, aunque el rigor
del Principe determine
darme la muerte. *Lud.* Por qué no?

Lis.

Lis. Porque no puede Tancredo
darme castigo mayor,
que la muerte, y con la ausencia
es preciso morir yo.
Lud. Que los Amantes sois locos
ahora conociendo estoy.
Lis. No te canses, Ludovico,
que si Segismunda (ay Dios!)
no viene en mi compañia,
no puedo ausentarme, no.
Lud. Eso determinas? *Lis.* Si.
Lud. O generoso Español!
mi amistad te dá palabra
de examinar el valor,
para vér si con él puedo
el libraros á los dos.
Lis. Como sea sin tu riesgo,
yo lo acepto. *Lud.* Ten la voz,
y entrate adentro, Lisandro,
que parece, que rumor
de gente, en la Torre suena.
y conviene, que á los dos
no nos vean hablar juntos.
Lis. Dices bien, ó ciego amor!
en que han de parar las iras
de tu vengativo arpón. *Vase.*

Salen algunos Soldados, trayendo preso á Naranjo.

Nar. Sin comerla ni beberlo,
meterme de hoz, y de coz,
quieren aquestos Sayones
en esta triste prision,
no mas, que porque mi Amo,
dicen que se enamoró;
miren que tiene que vér
mi cuerpo con su pasion!
acaso, si Segismunda
alguna vez le abrazó, *Llora.*
partió conmigo el abrazo,
para pagar yo su amor?
Señor Ludovico. *Lud.* El Cielo
es testigo de que no
puedo hacer para tu alivio
cosa alguna. *Nar.* San Ramon. *vas.*
Soldados. Vamos, y no se detenga.
Nar. Vamos, y plegue al Señor,
que de mi no se enamore,
viendome en esta prision,
Lisandro, juzgando acaso,
que yo Segismunda soy. *vanse.*

Sale Tancredo, y Ricardo.

Ric. Aquí, gran Señor te traygo
la ponzoñosa bebida,

Le dá una Redomita.

que me ha mandado tu Alteza
confeccionar. *Tan.* Ley impía
es la que contra Lisandro
mi enojo dár determina.
Ric. No tanto, que no merezca
su rigor, por la osadía
de atreverse á idolatrar
á Segismunda. *Tan.* No digas
mal de Lisandro, que es Noble,
y su muerte me lastima.
Ric. Yo, Señor. *Tan.* Si el de Saluzo
no me diera tanta prisa,
á cumplir con mi palabra,
es la sangre Noble limpia
de Lisandro, generosa
tan igualmente á la mia,
que de mi hermana la mano
desde luego le daria.
Pero la razon de estado
á su mucate me encamina
por medio de este veneno,
cuya injusta tyrania,
yo soy, quien á un mismo tiempo
la conoce, y la practica.
Ric. Si con su muerte se aplacan,
de una guerra intempestiva
los temores, no es del todo
ley injusta. *Tanc.* Por tu vida,
que me respondas ahora.
si en el rencor, que te anima,
si en tu muerte consistiera
una paz la mas tranquila,
para mi estado, esta ley
por justa la admitirias?
Ric. No Señor.
Tan. Pues mas piadoso
esos consejos olvida,
que podrá ser, si los das
caygan sobre tì algun dia.
Al paño Seg. Parece que siento hablar

en esta Sala, qué miran
mis ojos! aqui Ricardo
con mi hermano? penas mias
escuchemos lo que dicen.
Tan. Ya su muerte determina
mi razon.
Segis. Como no sea *Al paño.*
contra Lisandro, mi vida
la ofrezco de buena gana,
para que él sin riesgo viva.
Tan. Muera Lisandro. *Seg.* Ay de mì!
Tan. A influxo. *Seg.* De estrella impía.
Tan. De este veneno. *Seg.* Qué pena!
Tan. Esta noche. *Seg.* O sombra fria!
Tan. Porque quede. *Seg.* Yo sin alma.
Tan. Mi palabra bien cumplida.
Seg. Antes me daré la muerte, *Al pañ.*
que tu intento infiel consigas.
Sale Lud. Gran Señor, con este Pliego,
un Embaxador envia
el Marqués, á vuestra Alteza,
de Saluzo. *Le dá el pliego.*
Tan. Con qué prisa *Ap.*
al que ha de ser infeliz
los plazos se precipitan,
por llegar á dar el golpe
último de su desdicha!
Tu, Ludovico, á Lisandro
esta noche, en la bebida,
con disimulo darás
ese veneno. *Le dá la Redoma.*
Lud. Qual fria!
de mármol soy muda Estatua.
Tan. Que yo voy á vér, que envia
á decir el Marqués; Cielos,
mucho siento esta desdicha!
Sigue mis pasos. *Ric.* Tus huellas
sigue mi humildad rendida. *vans.*
Lud. Yo, Ministro de la muerte
de Lisandro, qué diria
el Mundo, quando le debo
á su valor yo, mi vida?
qué haré, Cielos Soberanos!
sino se lo doy, peligra
mi vida; pero qué dudo?
mi Amigo Lisandro viva.
Sale Seg. Yo te estimo la fineza,
y pues eso determinas,
dame presto ese veneno.
Lud. Para qué? *Seg.* Ya facilita *Ap.*
mi pensamiento el camino
de hallar á todo salida.
Pasa arrojar el veneno,
y llenar esa vasija
de un licor, que sin dar muerte
suspende un dia la vida,
en cuyo tiempo podremos
remediar tanta desdicha.
Lud. Pues qué espera vuestra Alteza?
Segis. Asi mi amor determina
evitar de mi Lisandro, *ap.*
la muerte; y si me precisa
el Principe, al casamiento
del Marques, sabré yo misma,
tomando aquesta Cicuta,
ser de mi pecho homicida. *vas.*
Lud. La industria de la Princesa,
para todos es propicia;
pues despues que esté enterrado
Lisandro, la noche fria
me dará tiempo, y lugar
á sacarlo á toda prisa
del Sepulcro, y despues darle
con facilidad salida
de Salerno, porque vaya
libre de tanta desdicha.
Sale Segis. Toma, Ludovico.
Al paño Tan. Cielos,
qué es lo que miran mis ojos?
Lud. Vaciaste el veneno? *Seg.* Sí.
Lud. Pues vete, que la malicia
podrá excitar la sospecha
si nos vén juntos. *Seg.* O impía
injusta estrella cruel!
muestrate una vez propicia. *váse.*
Sale Tan. O, como el amor constante
en los riesgos sutiliza: *ap.*
yo quiero disimular,
pues en la Carta me avisa
el Marques, que no ha salido
de su Corte, como habia
discurrido, para el viage,
que á Salerno prevenia,
y pues ya tengo mas tiempo,

D mi

mi cariño solicita
el persuadir á mi hermana,
que mi palabra cumplida
dexe, como es justo, y que
libre de aquesta desdicha
vuelva Lisandro á su patria,
con hacienda, honor, y vida.
Qué haces aquí, Ludovico?

Lud. Aquí, Señor, discurria
mi triste imaginacion
los cortos plazos de vida,
que le quedan á Lisandro.

Tan. Esa imaginacion misma
tanto ha cabado en mi pecho,
que mi piedad ya se inclina
á librarle de la pena,
que tiene tan merecida.

Lud. Qué decis, Señor?

Tan. Que quiero
dár á Lisandro la vida,
como mi hermana me dé
una palabra en albricias;
vén conmigo, y dame alegre
del veneno la vasija.

Lud. O bien haya, gran Señor,
tu condicion tan benigna! *vans.*

Sale Segis. asustada dando voces.

Segis. Asombro, prodigio, pasmo,
ilusion, delirio, que
con pálido horror intentas
mi amenaza, espera, ten
el ayrado enojo; aguarda.

Sale Iren. Qué es esto, Señora? quién
pudo enojarte? *Seg.* Qué horror!
una ilusion pudo hacer,
que mi juicio arrebatado
diese voces. *Iren.* Dime, qué
fué lo que viste, Señora?

Segis. Aquesto es, escucha pues:
No ha un instante, que dormida
al blando sueño quedé
en los brazos de Morfeo,
aun tiempo sin mí, y con él.
Apenas dormida estaba,
quando entre horrores soñé,
que Lisandro á puñaladas
estaba muerto á mis pies,
y que yo tambien sin alma,
difunta estaba con él.
Esto me dió tal temor,
que asustada desperté
dando voces, y del sueño
tan embargados se ven
mis sentidos, que parece,
que es verdad lo que soñé.

Iren. No creas, Señora mia,
en esos sueños: y pues
el Jardinero á cantar
empieza suave, á quien
gusta tu Alteza de oír,
escucha su voz, y olvida
los recelos.

Suena rumor de Instrumentos.

Segis. Dices bien. (trando

Canta 1. voz dent. Con la Cadena arras-
en la prision mas profunda,
por su bella Segismunda
suspira el triste Lisandro.

Seg. O si mis lágrimas fueran *Llora.*
poderosas, para que
los hierros de su Cadena
los pudieran deshacer.

Canta. Ella triste, y sin ventura,
con el raudal de sus ojos
está dando mil enojos
á su divina hermosura.

Seg. Si mi hermosura ha causado
la desdicha, razon es,
que la hermosura lo pague,
ya que, ella la causa fué.

Canta. Pero los adversos hados,
con injusto proceder
á los dos quieren hacer
los Amantes desdichados.

Seg. Calla, cesa, no prosigas, *Se irrita.*
que no es la primera vez,
que la música ha causado
mas tristeza, que placer.
Ay Lisandro de mi vida!
ay mi Esposo, dulce bien!
no permitan, no, los Cielos, *Llora.*
que tu pecho noble, y fiel
padezca por causa mia
la muerte; pero con quien

es-

estoy hablando? Ay de mí?
lo que me digo no sé.
Iren. Señora, mira que viene
tu hermano el Principe.
Segis. A qué podrá venir?
(ó tormento!)
mayor pesar no me dés.
Sale Tan. Segismunda.
Segis. Gran Señor.
Tan. Las amistades á hacer
vengo contigo. *Seg.* Atento
tu alteza repare bien
lo que dice, porque al fin
yo soy Reo, y vos sois Juez,
y el termino de amistad
es muy llano, para quien
espera de la sentencia
el ultimo proceder.
Tan. No haya mas; baste el enojo,
quién es el Reo, ni el Juez?
ó Segismunda, que mal
pagas mi cariño.
Segis. Ha infiel. *aparte.*
Tan. Disimulemos cautelas. *ap.*
Segis. Lo que te debo bien sé.
Tan. Por el veneno lo dice; *ap.*
quiero asegurarla. Pues
porque lo digas de veras,
este veneno, que fué
Ministro de mi Justicia
contra Lisandro, verter *Lo derrama.*
quiero, y darle libertad,
olvidado ya, de que
contra mi gusto, atrevido
quiso tus luces beber,
haciendose Gyrasol
de tu belleza; mas es
con la condicion precisa
de su ausencia, y que tambien
has de dár al de Saluzo
la mano. *Segis.* Y agradecer
desde luego la fineza
con sumisiones, despues
que me dexas con la pena,
y me quitas el placer? *se sonrie.*
buenas amistades son
por mi vida. *Tan.* Cómo infiel
de esa forma me respondes? *se irr.*
Segis. Como no llego á temer
de tus rigores las iras,
pues amor, que en mi se vé,
aun á la muerte mas dura
poderoso ha de vencer.
Tanc. Con aquesa libertad
respondes, sin mirar, que
eres mi hermana, y en tí
por tu noble, y alto sér
es impropio á tu grandeza
el decir, que quieres bien
á un hombre? *Seg.* Pues no es mejor
hablar ahora, y no despues?
quando no tenga remedio
mas que el morir, bueno á fé
sería, que una Princesa,
con la causa de alto sér
se dexase cautivar
del Pyrata injusto, á quien
aborrece, por dár gusto
á quien no ha de padecer
la esclavitud, que la espera
mientras viva; sobre qué?
Las Princesas son mugeres,
y por eso ellas tambien
tienen pasiones de amor
que es querer, y no querer.
Y asi no elijo callando
hallarme en el duro Argél,
pudiendo decir, que adoro
á Lisandro, y que al Marqués
aborrezco, por lo qual
mi marido no ha de ser.
Veamos ahora, que mas tiene,
para hablar, como yo hablé
á solas con un hermano,
que es de mi proceso Juez,
(en donde me vá la vida)
el ser Princesa, ó el sér,
una muger ordinaria,
si al fin como quiera, es
muger ella, con amor,
y yo con amor, muger?
Tan. Amor en tí, no es estraño;
pero el decirlo si lo es.
Segis. Yo conozco algunos necios

de esa opinion, que despues
que han visto alguna Comedia
dicen, que el Ingenio fué
poco acertado en el dár
de enamorada el Papel
á la Infanta, como si
con distinto proceder
tuviera el alma de palo;
como Dama de Alxedréz.
Lo que con razon bastante
me debieras responder,
es, si en público dixera,
que á Lisandro quiero bien;
pero si á solas contigo,
como mi Médico, fiel
te declaro mi dolencia,
porque el remedio me dés,
no tienen que reparar
en mi claridad, si ven,
que al Médico, y Confesor
es preciso se les dé,
con claridad muy distinta
noticia del mal, y el bien.
Además, que si se sabe,
que á Lisandro quiero, fué
por culpa tuya, la noche
que le prendieron; y pues
tu la publicaste, á tí
te puedes bien reprehender,
que si la culpa fue mia,
tuyo el escandalo fué.

Tan. Pues ya, que con mis piedades
no se postra tu altivéz,
ha de probar de mis iras
tu Amante. *Seg.* Eres cruel.

Tan. Ola, ahora lo verás.

Sale Lud. Señor.

Tan. Haz, que un garrote le dén
dentro de la Torre misma
á Lisandro, al punto. *Seg.* En él
no te vengues (qué dolor!)
vengate en mí. *Llora.*

Lud. Qué cruel! *Ap.*

Tan. Ello es preciso que muera,
ó dés la mano al Marqués;
elige de estas dos cosas
la que te estubiere bien,
y sea presto. *Seg.* Ay de mí!
hermano, Señor. *Tan.* De qué
te sirve el hacer estremos,
si ya en tu mano dexé
el remedio? Halla en tu idéa
consulta lo que has de hacer.

Segis. No tengo que consultar.

Tan. Pues qué dices?

Segis. Que el Marqués
no ha de ser mi Esposo.

Tan. Ha Fiera. *Seg.* Si no es Lisandro

Tan. Anda vé, *A Ludovico.*
y haz lo que te digo.

Seg. Aguarda. *Tan.* Espera; qué dices?

Seg. Que es de Lisandro mi mano,
y que aborrezco al Marqués.

Tan. No te detengas un punto.

Lud. Ya yo voy á obedecer.
No voy tal, sino á librarlo, *ap.*
aunque muera yo por él. *vase.*

Segis. Eres tyrano, y aleve,
falso, homicida, y cruel.

Tan. Su vida puse á tu advitrio,
y tu injusto proceder
le dá muerte, con que mira
quien es injusto, y cruel.
Aunque no tengo recelo, *Ap.*
que se haga lo que mandé,
que es Lndovico el que vá,
y por eso yo le envié;
por si acaso me obedece,
voy la muerte á suspender,
que pues no quiere mi hermana
el casar con el Marqués,
no debo yo violentarla,
ni aquesta injusticia hacer,
que el Cielo abrirá camino,
para quedar todos bien;
y quando no, el de Saluzo,
de su estrella quexese;
pues que yo, de parte mia
hice quanto pude hacer. *vase.*

Seg. Espera, homicida fiero,
no te vayas, oyeme,
por si pueden tus entrañas
mi dolor enternecer.
Llora, y pasea el Taetro.

De-

Dexa que Lisandro viva,
que yo por él moriré
tan gustosa, que presumo
será vida el fallecer,
no ensangrientes, no, tus iras,
en mi Lisandro, en aquel,
que supo, Español valiente,
entrar en el fuego á ser
el Eneas desgraciado
de esta infelice muger.
Yo daré mi mano blanca
á ese alevoso Marqués,
que me ha dado tantas penas,
sin llegarlo á conocer.
Mas que digo? Yo su Esposa?
mal haya la lengua, amen,
que tal pronuncia cobarde,
faltando á la antigua Fé,
que desde que ví á Lisandro,
verdadera profesé.
El mas me querrá vér muerta,
que no agena; y asi, pues
que en este veneno guardo
el remedio mas cruel,
y ya fallecido habrá
de mi vida, todo el bien,
por mi causa, yo pretendo
el morir tambien por él.
Por ultimo Codicilio,
escribir quiero un Papel
al Principe de Salerno
mi aleve hermano, porque
en él le quiero pedir,
que pues en vida no fué
Lisandro mi Esposo, en muerte
mi cuerpo entierre con él,
que pues juntas nuestras Almas
están, razon tambien es,
que en la Tumba nuestros cuerpos
juntos, para exemplo estén
de la fineza mayor,
que hay, habrá, ni pudo haber.
Se sienta, y escribe, y Ludovico al Paño dice.
Lud. Allí, Segismunda está;
voy por Lisandro; y con él
en un Barco, aquesta noche
nos iremos todos tres,
á donde libres del riesgo,
que nos amenaza, estén
nuestras vidas; pues la mia
mas riesgo viene á tener,
si el Principe de mi sabe
lo que intento, que aunque bien
conozco, que no es su idéa
dár muerte á Lisandro; pues
me mandó, que no cumpliese
su Decreto, puede ser,
que vengar quiera en su vida
el desayre del Marqués;
para todo lo que intento,
el Cielo acierto me dé. *vase.*
Seg. Ya mi ultima voluntad
en este Papel firmé. *Se levanta.*
Llegad lágrimas, llegad,
aprisa venid, corred,
no dé sentimiento, no,
sino es de gusto, y placer;
pues voy, adonde Lisandro,
mi Esposo, me aguarda fiel. *Saca el*
Y tu, Ministro horroroso *veneno.*
de mi muerte, llegate
á mi pecho enamorado,
y no temas, que esta vez
de mis lábios te retire
lo cobarde de mi sér,
que para casos como este,
de mas valor siempre fué,
por mas atrevido, y terco
el pecho de una muger. *Bebe el*
todo el veneno hé bebido. *veneno.*
Sale Lis. Segismunda, dulce bien.
Seg. Eres Lisandro? *Acercase, cae.*
Lis. Qué miro!
Si Señora. *Seg.* Ya podré
morir contenta, sabiendo
que vivo estás. *Lis.* Cielos, quién
se halló en mar de tantas dudas?
que te ha dado no me dés
tormento de tal rigor.
Seg. Yo muero. *Lis.* Dime, de qué?
Cae sobre los brazos de Lisandro.
Seg. De amor, pues por él, (ay Dios!)
ahora un veneno tomé.

Lis.

Lis. Desplomados sobre mi
caigan los Montes, mi bien, *Llora.*
Segismunda, oye, mira?
ya espiró, dolor cruel!
Qué es esto, Cielos ayrados?
esto permitis, por qué *La sienta en*
contra la vida de un Angel *una silla.*
tanto rigor? (pena infiel!)
ay Segismunda adorada! *Llora.*
como vivir ya podré;
hay hermosa mano blanca
donde la nieve aprender
pudo, para su candor
tu blanca, y hermosa téz. *Se la besa.*
Cómo no muero al rigor
de dolor, ó que es tan cruel!
sin duda, que soy de marmol,
pues que sentir ya no sé;
pero si sé, quando puedo *Se irrita.*
con amorosa altivéz,
pues ella murió por mí,
morir por ella tambien.
Pero antes quiero mirar
lo que dice este Papel. *Le toma.*
La letra es de Segismunda,
mil veces la besaré *La besa, y llora.*
como reliquia preciosa
de aquel, (ay de mí!) de aquel
Angel, que olvidar no supo
lo que llegó á comprehender.
Su firma en mis labios pongo.
dichoso una, y otra vez,
ó hermosura desgraciada!
ó venturoso Papel!
suspended, ojos, el llanto
para poderlo leer.
Asi dicen sus renglones:
quién tal dolor tuvo, quién?
Lee. Yo, la infeliz Segismunda,
ya cercana al fallecer,
al Principe de Salerno
pido, que á mi cuerpo dén,
y al de Lisandro mi Esposo.
Lagrimas mias, qué haceis? *Llora.*
Llegad á prisa, llegad,
corred veloces, corred;
vuelvo á leer (ó qué rigor!)
Lee. Un mismo Sepulcro, y que
sobre la Lapida pongan
á los golpes del Cincél,
un Epitafio, que diga
con letras doradas: que
aquí yacen dos Amantes,
que vivieron, sin poder
gozarse en la vida unidos,
y ellos con amante Fé
eligieron el morir, *Tira el Papel*
para gozarse despues. *Lisandro.*
Habrá habido, en quanto encierra
todo el Universo, quién
haya dado igual exemplo
de tan amorosa Fé?
No es posible que lo haya,
ni que la estrella cruel
pueda, con otros Amantes,
ser mas impía; y pues es
con permision de los Cielos
tan adversa, para que
contra su influjo irritado,
vivir quiero? Llegue á vér,
que mas puede mi osadía,
que su condicion infiel;
además, que ya no quiero
muerta Segismunda, él que
se muestre por ningun modo
propicia, pues ya no es
facil vivir sin la Antorcha, *Desenv.*
que de mis ojos luz fué; *un puñ.*
y asi, Cielos, irritados,
estrella adversa, y cruel,
signo infeliz de mi vida,
medrosa nocturna téz,
Aves de la noche tristes,
melancólico Cyprés,
ópaca luz macilenta,
Palacio, injusto Babél,
y tu, Jazmin deshojado,
triste cárdeno Clavél,
sed testigos, que Lisandro
con firme amorosa Fé,
para exemplo de los Siglos
supo morir, por querer.
Se dá con él puñ, y cae á los pies de Seg.
Sale Nar. Ya está todo prevenido,
Li-

Lisandro, Señor; mas qué
es Cielos lo que estoy viendo!
muerto está, y allí tambien
Segismunda. A de la Guarda
Soldados. *Salen Sold.* Qué es esto?
Nar. Ved que desgracia.
Tod. Caso horrendo!
Sale Tan. Quién dá voces? Mas qué ven
mis ojos? hay Segismunda,
hermana, Señora, ó infiel
destino el mas rigoroso!
muerta está.
Soldados. Y aquí tambien
está Lisandro, bañado
en su sangre. *Tan.* Yo bien sé
como pudo esta desgracia
impensada suceder,
con el veneno, que quise
dár á Lisandro. *Nar.* Un Papel
hay escrito en esta mesa. *Se lo dá.*
Tan. Mostrad.
Sale Lud. Mas qué llego á vér?
muertos están Segismunda,
y Lisandro, (pena infiel!) *Se susp.*
Tan. Ya Ludovico (ay de mí!)
no puedes favorecer
los infelices Amantes,
que tu amistad quiso bien.
Sale Ric. Qué es aquesto, gran Señor?
Tan. Ya lo dirá este Papel.
Lee. Yo, la infelìz Segismunda,
ya cercana al fallecer,
al Principe de Salerno
pido, que á mi cuerpo dé,
y al de Lisandro, mi Esposo,
un mismo Sepulcro, y que
sobre la Lapida pongan
á los golpes del Cincél,
un Epitafio, que diga
con letras doradas: que
aquí yacen dos Amantes,
que vivieron, sin poder
gozarse en la vida unidos,
y ellos, con amante Fé
eligieron el morir,
para gozarse despues.
Nar. Ay Amo del alma mia!
Tan. Raro caso! *Tod.* Estraño á fé! *llor.*
Tanc. De Segismunda, y Lisandro
los dos cuerpos recoged,
y en una caxa de plata,
embalsamados muy bien,
con la mayor magestad
debaxo de mi Dosél,
mientras labro un Mauseolo,
los dos Amantes poned,
que quiero hacer lo que manda
mi hermana por su Papel.
Lud. Y aquí la tragedia acaba
del caso adverso, y cruel,
y el Ingenio de sus yerros
á todos advierte, que,
si son yerros propios, son;
si son aciertos tambien,
porque no escribe de ageno,
como practicar se vé.

FIN.

En Barcelona. Año de 1790.
Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes títulos en Madrid en la Libreria de D. Isidro Lopez calle de la Cruz, á precios equitativos.

FIN.

En Barcelona, Año de 1790.

Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes títulos en Madrid en la Librería de D. Isidro Lopez calle de la Cruz, á precios equitativos.